

# Tres niveles de abducción en el periodismo

■ Gabriel Alva Gutiérrez



## I.

Si nos atenemos a los testimonios sobre la experiencia profesional, los periodistas justifican que sólo se fijan en lo que «dicen» los funcionarios públicos y demás personajes, y no en lo que «hacen», porque la esencia de su trabajo está siempre mediada por la visión y la opinión de otros. Casi nunca el periodismo es testigo directo de los acontecimientos que narra. Eso es verdad, como también es verdad que el periodista tiene que oír muchos parloteos que están cargados de noticias «importantes». Lo clave es que pueda descubrir lo significativo de esos parloteos y que no se deje engañar con lo que el informante quiere hacerle creer que es importante.

El periodista trabaja igual que el detective, quiero decir, igual que el detective de novela. La diferencia con las historias de *detection* clásicas es que, cuando lees éstas desde el principio, tras haber conocido la solución, te dices: «Es cierto, ¿cómo es que no he notado ese detalle?» En cambio el periodista tendría que hacer decir al lector: «Pero, ¿por qué había de notar ese detalle en lugar de otros?» ¿Por qué se ha detenido el periodista en ese suceso o noticia y ha considerado a los demás insignificantes?» Pero para saber «leer» en el parloteo de los informantes el periodista debe disponer de una «clave» o de una hipótesis muy poderosa. ¿De qué clave se trata? Del arte de la inferencia que Peirce llamaba *Abducción* o hipótesis y que no es sino la conjetura.

La *Abducción* es una forma de razonamiento como la *Deducción* y la *Inducción*. Peirce la explicaba con un ejemplo que ya se ha hecho famoso, y que Umberto Eco<sup>1</sup> ha contribuido a difundir. Peirce diferenciaba la *abducción* de la *deducción* y de la *inducción* con el ejemplo de las judías (frijoles) blancas. Supongamos que

“

Un detective, un periodista,  
un artista, proceden de modo casi  
idéntico al del científico.  
La diferencia radica en que  
un detective o un periodista  
apuestan con descaro, mientras  
un científico verifica pacientemente  
sus abducciones, pero en sí  
el procedimiento es igual.

”

hay sobre la mesa una bolsita con judías blancas, y que sabemos con seguridad que está llena con judías blancas: por lo tanto podemos admitir como Ley que «todas las judías de esa bolsita son blancas». Una vez que conocemos la Ley, producimos un Caso: cogemos a ciegas un puñado de judías de la bolsita y podemos predecir el Resultado: «las judías que tengo en la mano son blancas». La Deducción de una Ley (verdadera), mediante un Caso, predice con absoluta certeza el Resultado. Cosa que casi nunca ocurre en la realidad, porque nunca conocemos primero la Ley y luego creamos el Caso, salvo en algunos momentos muy excepcionales.

Pasemos ahora a la Inducción: tenemos una bolsita y no sabemos que contiene. Metemos la mano, sacamos un puñado de judías y observamos que son todas blancas. Continuamos durante un número  $x$  de veces. Después de un número suficiente de pruebas -del que no se sabe con certeza cuál debe ser, si diez, nueve, ocho, o una- hacemos el siguiente razonamiento: todos los Resultados de nuestras pruebas, dan un puñado de judías blancas. Podemos hacer la inferencia razonable de que todos estos Resultados son Casos de la misma Ley, es decir, que todas las judías de la bolsita son blancas. A partir de una serie de resultados, infiriendo que se trata de Casos de una misma Ley, llegamos a la formulación inductiva de esta Ley (probable). Como sabemos, basta con que en una prueba posterior resulte que una sola de las judías blancas que saco de la bolsita sea negra para que todo mi esfuerzo inductivo se esfume en la nada. Por esta razón los epistemólogos recelan tanto de la Inducción.

En este punto, la Deducción y la Inducción desaparecen y ceden el puesto a la Abducción. En la Abducción nos encontramos ante un Resultado curioso e inexplicable. Para atenernos al mismo

ejemplo, hay una bolsita sobre la mesa y junto a ella, también en la mesa, hay un grupo de judías blancas. No sabemos cómo han llegado ahí, ni quién las ha puesto, ni de dónde han salido. Consideramos ese Resultado un Caso curioso. Ahora deberíamos encontrar una Ley tal, que, si fuese verdadera y si el Resultado pudiese considerarse un Caso de dicha Ley, dicho Resultado ya no sería curioso, sino perfectamente lógico. En este punto hacemos una conjetura: fraguamos por hipótesis la Ley por la cual esa bolsita contiene judías y todas las judías de esa bolsita son blancas e intentamos considerar el Resultado que tenemos ante los ojos, un Caso de dicha Ley. Si todas las judías de la bolsita son blancas y estas judías proceden de esta bolsita, es natural que las judías de la mesa sean blancas.

De esa manera proceden casi todos los científicos que han hecho descubrimientos revolucionarios. Así procedió Kepler quien por Abducción descubrió que las órbitas de los planetas no siempre son circulares, sino que también son elípticas. El científico no necesita diez mil pruebas inductivas. Lanza una hipótesis, acaso aventurada, muy semejante a una apuesta y la pone a prueba -para ver si se puede refutar la hipótesis-. Mientras la prueba dé resultados positivos, ha vencido. Lo que pasa es que el científico se niega a

imponer sus creencias como dogmas, en su firmeza de no repudiar sus conjeturas motivadas.

Ahora bien, un detective, un periodista, un artista, proceden de modo casi idéntico al del científico. La diferencia radica en que un detective o un periodista apuestan con descaro, mientras un científico verifica pacientemente sus abducciones, pero en sí el procedimiento es igual.

Umberto Eco señala que hay por lo menos tres niveles de Abducción: «En el primer nivel el Resultado es curioso e inexplicable, pero la Ley existe ya en alguna parte, tal vez dentro de ese mismo ámbito de problemas, y sólo falta encontrarla, y encontrarla como la más probable. En el segundo nivel, la Ley es difícil de concretar. Existe en otro ámbito y hay que apostar que puede ampliarse también a ese ámbito de fenómenos. En el tercer nivel no hay ninguna Ley y es necesario inventarla»<sup>2</sup>.

Me propongo ahora mostrar cómo se dan estos tres niveles de la Abducción en el periodismo. Para el primer nivel tomaré el ya famoso caso en el que Carl Bernstein y Robert Woodward, los dos reporteros del *Washington Post*, descubrieron el *Watergate*. Para el segundo nivel, miraré las conjeturas de diferentes periodistas sobre la muerte del Che Guevara, y para el tercer nivel analizaré el reportaje de Gabriel García Márquez: *Bateman: una historia sin final*.

## II.

Carl Bernstein cuenta su proceso de investigación y podemos inferir que su razonamiento no fue otro que el abductivo y que por eso obtuvieron los resultados que ya todos conocemos. Bernstein relata que él y su compañero eran de la sección local, y que nunca cubrieron oficialmente la *Casa Blanca*, lo que nos indica que

frente a los hechos se comportaron como el que no sabe cómo ha llegado la bolsita a la mesa, ni qué contiene y ve con curiosidad las judías blancas sobre la mesa.

Los dos periodistas no tenían acceso a las fuentes oficiales y tuvieron que entrevistar -fuera de las horas de trabajo- a secretarías, dependientes, conductores, y demás personal. Esto permitió que conocieran toda la estructura de la Casa Blanca desde abajo, y que conocieran a todas las personas que trabajaban en la reelección de Nixon, que pertenecían a una lista secreta. Esta lista secreta les pareció «curiosa» y empezaron a dudar de que realmente la gente de la Casa Blanca no estuviera implicada en el Watergate como se decía.

El FBI entrevistó a las mismas personas que los periodistas, pero lo hicieron en su lugar de trabajo y delante de sus jefes, y tal vez siguiendo un razonamiento Deductivo, por eso obtuvieron resultados diferentes. Los periodistas descubrieron fondos secretos, y toda una campaña de espionaje y sabotaje político dirigida desde la Casa Blanca, porque ellos no partieron de una Ley como el FBI, sino de unos acontecimientos que consideraron «extraños».

Tras los primeros seis meses del estallido del escándalo Watergate, los dos periodistas escribieron ciento cincuenta historias sobre el tema. A estos artículos la Casa Blanca respondía atacando la conducta de la prensa, pero nunca aclarando la actuación del presidente y de sus hombres. A esta técnica de atacar a la prensa y no responder por lo que se les imputaba, los dos periodistas la calificaron como «la negación de la no negación, de la no negación», y la volvieron una conjetura que respondía a una Ley, e intentaron considerar el resultado que tenían ante los ojos como un Caso de dicha Ley.

Los periodistas se dieron cuenta que la gente del gobierno los atacaba diciendo otros nombres, pero a pesar de todo nunca estuvieron en condiciones de rebatir las conjeturas que ellos habían publicado. Daban la impresión de que estaban negando, poniendo en duda las informaciones de los periodistas, pero nunca había una voluntad para discutir y debatir el contenido de lo que publicaban. Eso hizo que los reporteros conjeturaran, que lo que estaban diciendo era verdad.

Carl Bernstein muestra cuál es el mejor ejemplo de la «negación de la no negación, de la no negación» y cómo actuaron:

*«Publicamos una información diciendo que John Michel, fiscal general de los EE.UU., el hombre que ocupa la posición más alta dentro de la ley americana, había controlado los fondos secretos cuando se produjo el estallido de Watergate. En esta ocasión llamé al secretario de prensa de la Casa Blanca y le leí la información para saber cuál era su respuesta sobre lo que habíamos investigado. Su respuesta fue: 'las fuentes del Washington Post son una fuente de desinformación'. Ante lo que yo le pregunté si la historia era cierta o no, y volvió a contestar que las fuentes del Washington Post eran fuentes de desinformación. A todo lo que le preguntaba, daba la misma respuesta. Era muy frustrante porque poca gente creía lo que publicábamos nosotros. Incluso la mayoría de nuestros compañeros en Washington, no nos tomaban en serio».*

*«Tenía el teléfono de John Michel, fiscal de los EE.UU., le llamé y empecé a leerle el primer párrafo de mi historia, en el que se decía que él controlaba los fondos secretos. La respuesta de Michel fue: 'Jesús'. Le leí unos cuantos párrafos más y Michel volvió a contestar, 'Jesús'. Seguí leyendo y cuando se dio cuenta de que la dirección de la historia ya no tenía ninguna duda, el señor Michel dijo: 'Jesucristo, ¿toda esta basura vas a publicar en el periódico? Si lo publicas, la editora del Washington Post te va a dar una patada en...' Entonces dijo que cuando la campaña electoral terminara, harían una historia sobre Woodward y yo; después de estas palabras colgó el teléfono»<sup>3</sup>.*

Los Resultados de las pruebas de los periodistas son Casos de una misma Ley que ellos descubrieron, es decir, «La negación de la no negación, de la negación». La Ley existía ya en alguna parte, en ese mismo ámbito de problemas, y ellos la encontraron y la encontraron como la más probable, por eso descubrieron la verdad.

### III.

Hoy puede afirmarse que el Che Guevara fue asesinado por el ejército boliviano, el 9 de octubre de 1967, en la escuela del pueblo de la Higuera, en Bolivia. En los primeros días de octubre de hace treinta años, no se podía decir lo mismo, porque todo eran contradicciones. Lo que fue en su momento un misterio, e hizo que recurrentemente el caso volviera a los periódicos, fue el paradero de su cadáver.

Las primeras informaciones del ejérci-

to boliviano y que reproduce la prensa mundial hablan del Che como de un guerrillero muerto en combate:

*«Vestía Guevara un uniforme verde oliva completamente enfangado. Su rostro curtido por el sol, y sus pies con unos mocasines rotos y calcetines verdes (...) Mostraba varios disparos en la garganta y en la ingle, mientras sus piernas estaban casi desconectadas del tronco, segadas por balas de ametralladora».*

Una versión engañosa por algunos detalles. Los mocasines, los disparos en la garganta y en la ingle y las piernas desconectadas del tronco. ¿Un hombre en el monte usa mocasines? ¿Las piernas desconectadas del tronco son prueba de muerte en combate?

Ocho días después se producen declaraciones que desmienten esta versión de la muerte en combate. Dos médicos bolivianos dicen que el Che murió de un tiro en el corazón después del combate. Aquí la conjetura se basa en criterios médicos, es decir, en otro ámbito de problemas. El combate ocurrió un domingo, pero la declaración de los médicos afirma que el cadáver presentaba una herida de bala en el corazón que le había de producir una muerte instantánea y que ellos lo examinaron el lunes por la noche y el Che Guevara había muerto unas pocas horas antes.

De muerto en combate y con varios disparos, la versión se reduce a un disparo en el corazón. ¿Quién dice la verdad? Obviamente no los militares. Esa ya es una conjetura. Hay que comprobarla en otro ámbito, en el mismo ámbito médico que la crea, luego hay que buscar a la enfermera que lo recibe. Nuevamente el mismo razonamiento de Bernstein y Woodward. No buscar ni creer sólo las versiones oficiales, sino indagar desde abajo. La enfermera que lavó su cadáver lo describe así:

*«Era como Jesucristo. Te seguía con la mirada mientras le dabas la vuelta, como si estuviera vivo (...) Yo no sabía quién era el Che. Sabíamos que había guerrilleros por la zona, pero no sabíamos quiénes eran. Lo trajeron en una camilla y lo pusieron aquí, en la lavandería. El doctor Martínez Caso, el director, me mandó lavarlo y vestirlo. Estaba lleno de tierra y cagado, se ve que del dolor del tiro. Le quité la ropa y lo lavé con una manguera. Tenía puestos tres pares de calcetines y unos zapatos de plomo; parecía totalmente un mendigo. Después el doctor le cortó la vena aorta y me mandó inyectarle por ella litro y medio de formol. Luego, el doctor le cosió»<sup>4</sup>.*

El primo de la enfermera, el jardinero del hospital, confirma esta versión y resalta que todos fueron a verlo, pero que nadie se atrevía a tocarlo porque parecía vivo, tan vivo como en la famosa fotografía que le dio la vuelta al mundo y que sirvió de conjetura final, y que volvió al Che Guevara una imagen inolvidable. Podría pensarse que es el relato popular el que lo convierte en santo. Que son las gentes del pueblo, las que lo ven como Cristo muerto, pero Susan Sontag<sup>5</sup> nos recuerda que la fotografía transmitida en octubre de 1967 por las autoridades bolivianas a la prensa mundial, donde el cadáver del Che Guevara aparecía tendido sobre una camilla en un establo, encima de una artesa de cemento, rodeado por un coronel boliviano, un agente de inteligencia norteamericano y varios periodistas y soldados, no sólo resume las amargas realidades de la historia contemporánea de América Latina, sino que guarda una involuntaria semejanza con *El Cristo muerto* de Mantegna y *La lección de anatomía del profesor Tulp* de Rembrandt. La fuerza de la fotografía deriva en parte de lo que tiene en común, como composición, con estas pinturas. En realidad, el hecho mismo de que esa fotografía sea inolvidable indica su potencial para ser despolitizada, para transformarse en imagen atemporal.

El fotógrafo no tuvo la más mínima intención de hacer una fotografía artística, y mucho menos inspirada en Mantegna o Rembrandt, sólo fue y apretó el disparador de su cámara:

«Yo fui a verlo como todos y, como soy fotógrafo, le saqué unas cuantas fotos, simplemente»<sup>6</sup>.

En este caso, como en el segundo nivel de la Abducción, la Ley es difícil de concretar. Existe en otro ámbito, en este caso en el del arte, la medicina y la cosmología. Si este hombre, por la fotografía que conocemos, parece Cristo, entonces no murió en combate sino que fue torturado y asesinado. Hay que apostar a que esa Ley puede ampliarse también a ese fenómeno. Se amplió y resultó. Luego la conjetura funcionó, pero es muy fácil que no hubiera funcionado este tipo de razonamiento.

#### IV.

Gabriel García Márquez escribe para el *País Semanal* un reportaje donde relata los últimos días, la desaparición y la búsqueda de Jaime Bateman Cayón, coman-



Una conjetura de esta naturaleza tiene que fundamentarse, por supuesto, en versiones reales.

Son esas versiones las que le permiten elaborar hipótesis que son presentadas como los acontecimientos reales.

Porque lo 'curioso' del caso es que de la avioneta y de sus tripulantes nunca se supo nada.

No quedó ni un solo rastro de ellos.

Sin embargo, el reportero aquí recurre a todas las armas de la investigación para saber qué fue lo que pudo haber pasado realmente.



dante máximo del M-19. García Márquez confirma la presencia de Bateman en la avioneta desaparecida y reconstruye la totalidad de la situación desconocida hasta entonces. Aquí no hay ninguna Ley. Aquí la Ley es inventada por el narrador, que descubre que Bateman se movía ya en el marco de un relato, que era un personaje inconsciente de un drama ya escrito por algún otro. García Márquez descubre la 'verdad', porque tanto él, su fértilmente, y los sujetos de su investigación proceden de acuerdo con las mismas leyes de la ficción. No estamos nunca ante el azar, o el hado: estamos siempre dentro de una trama (cósmica o situacional) pensada por otra mente según una lógica fantástica que es la lógica de la 'Biblioteca'.

García Márquez confirma la presencia de Bateman en la avioneta con todos los recursos a los datos empíricamente comprobables:

«La avioneta monomotor Piper PA 28, con matrícula colombiana HK2139P y

pilotada por el político conservador Antonio Escobar Bravo, salió del aeropuerto Simón Bolívar, de Santa Marta, a las 7.45 horas del pasado 28 de abril, con un plan de vuelo visual cuyo destino final era el aeropuerto civil de Paitilla, en la ciudad de Panamá. Sin embargo, siete minutos después aterrizó a pocos kilómetros de la población de Ciénaga, en una pista comercial fuera de servicio, donde la esperaba un grupo de diez personas. Tres subieron a bordo: dos hombres y una mujer. El más alto de ellos, flaco y un poco escuálido, con una camisa de mezclilla azul y una gorra de capitán de barco, era el hombre más buscado de Colombia desde hacía cinco años: Jaime Bateman Cayón, comandante máximo del M-19...»

«Sólo ellos -los diez que asistieron al decolaje- y unos pocos miembros de la organización, sabían que la avioneta debía hacer una escala clandestina en otro aeropuerto fuera de servicio fuera de Montería, donde estaba prevista una reunión con delegados del Ejército Popular de Liberación (EPL) para discutir los problemas de un programa de acciones conjuntas. Después debía proseguir hacia Panamá, donde se suponía que iba a llegar un emisario personal del presidente Belisario Betancur para entablar conversaciones de paz. La avioneta hizo un último contacto con el control aéreo de Panamá dos horas y 17 minutos después de decolar de Santa Marta y cuando se encontraba a 55 millas náuticas del aeropuerto de Paitilla, pero no aterrizó nunca. Esto es todo cuanto se sabe con seguridad absoluta cuatro meses después de la desaparición de Jaime Bateman, y al cabo de una búsqueda intensa por tierra, mar y aire durante 70 días. Todo lo demás son suposiciones».

Finalizada esta comprobación empírica, el paso siguiente es recurrir a la invención y a las leyes de la 'Biblioteca' y de la 'Tragedia', donde ya todo está escrito y el personaje lo que hace es cumplir con las Leyes que lo han predestinado desde el comienzo.

«... Hay seres con el privilegio sobrenatural de volver a los sitios de sus afectos y repetir los mismos actos de sus mejores recuerdos en los días anteriores a su muerte. Bateman, en efecto, se comportó las últimas semanas de su vida como si lo estuviera haciendo».

La conjetura entra en los terrenos de la ficción y del recuerdo y se hace posible:

«Había llegado a la costa caribe el 19 de abril, cuando concedió lo que había

de ser su penúltima conferencia de prensa en algún lugar cercano a Cartagena, con motivo del decimotercer aniversario de su movimiento. Si bien trataba de darle siempre algún contenido histórico a aquella fecha, nunca fue muy cuidadoso con su propio cumpleaños -cinco días después- y muchas veces, inclusive, lo olvidaba...»

«Este 24 de abril sería diferente. A pesar de los riesgos enormes que corría permaneciendo en una región donde todos los servicios oficiales de seguridad debían saber que se encontraba, se empeñó en celebrar su cumpleaños en la ciudad de su nacimiento -Santa Marta-, adonde no iba por razones de prudencia elemental desde hacía siete años. Allí estaban las querencias de su juventud: nombres y lugares que le revolvió la nostalgia».

Y es desde la nostalgia, donde el narrador va a emprender el viaje de regreso, un viaje hacia atrás en el recuerdo, pero hacia adelante en la hipótesis.

«El grupo completo que había asistido a la conferencia de prensa viajó de Cartagena a Santa Marta por carretera al amanecer del 20 de abril. La costa caribe estaba en tiempo de sequía y el olor de la guayaba<sup>7</sup> era más intenso en el aire ardiente. Bateman se convirtió en un guía nostálgico, en especial de los dos compañeros del comando superior -Alvaro Fayad y Carlos Toledo Plata-, que viajaban en el mismo automóvil y que eran de otros mundos de nostalgias distintas...».

«En cada sitio del camino hizo una evocación. Después del estrecho puente que separa el mar de la Ciénaga grande - muy cerca de donde había de abordar una semana después la avioneta de su mal destino- ordenó una parada para desayunar con mojarras fritas y tajadas de plátano en una de las fondas de la carretera. Luego, no pudo resistir la tentación de volver a su tierra como había vuelto tantas veces en su juventud, y le quitó el volante al conductor y siguió manejando él hasta Santa Marta, con una parada más para tomarse una cerveza matinal en El Rodadero».

Como lectores sentimos que estamos presenciando directamente las acciones, como si las cosas estuvieran sucediendo ahora mismo, y con nosotros como testigos. «*En el reportaje hay que dar a conocer el hecho como si el lector hubiera estado allí*»<sup>8</sup>, ha dicho García Márquez, y de esta manera nos hace unimos a su razonamiento, que no es otra cosa que una intriga.

«Ni en ese momento, ni en ninguno

de los días siguientes Bateman hizo nada por ocultarse ni por disimular su identidad. Visitó en Santa Marta todos los lugares que había dejado algún rastro en su memoria, y tal vez lo único que no volvió a hacer como en su juventud fue jugar al fútbol con bolas de trapo en la playa. Se vio varias veces con su madre, por supuesto, pero nunca en la casa de ella, y le pidió noticias de los amigos más remotos y de varias novias olvidadas. Recordaba de un modo especial a sus condiscípulos del Liceo Celedón donde no pudo terminar el bachillerato por su conducta revoltosa. Todos, hasta donde fue posible, recibieron una invitación verbal para la fiesta de sus 44 años».

Con la fiesta los acontecimientos se nos presentan como 'raros'. Como la bolsa que ha llegado allí y no sabemos por qué ni qué contiene. Sin embargo, es a partir de allí que podemos realizar conjeturas:

«No es posible concebir una fiesta más rara, que la de aquel cumpleaños. Bateman había alquilado una casa en una de las tantas playas cercanas a Santa Marta, cuyo acceso en automóvil era posible pero difícil. Abril es tiempo de mangos, que era su fruta favorita y no sólo se hizo llevar varias cajas para él y sus invitados, sino que algunos de ellos le llevaron otras de regalo. Había ron blanco a pasto, y whisky para quien quisiera, pero la bebida oficial era la favorita de Bateman desde mucho antes de que se pusiera de moda: piña colada».

La fiesta da la oportunidad de descubrir facetas desconocidas y hasta cierto modo atípicas en un jefe revolucionario, pero ante todo nos confirma la Ley del destino, las acciones de quien hace algo por última vez.

«Su comportamiento de cumpleaños fue lo menos convencional que pueda imaginarse. Recibía a sus invitados en pantalón de baño, brindaba con ellos, conversaba entre grandes carcajadas, bailaba un poco con un conjunto de vallenatos contratado y comía mangos. De pronto se echaba agua y nadaba por un largo rato, mientras sus invitados seguían la fiesta. Y tal vez era ese su momento más feliz, pues desde niño era un nadador rápido y ágil».

La agilidad física, es también agilidad de pensamiento, y de decisiones. Como buen guerrillero, Bateman se guía por la táctica y no por la estrategia. Es decir, que aprovecha el momento, vive de lo que le depara el presente, donde todo es posible, menos el azar.

«Hasta ese momento Bateman no pensaba ir a Panamá. Su proyecto era atravesar por tierra todo el país para entrevistarse con el segundo comandante del M-19 Iván Marino Ospina, quien dirigía las guerrillas del Caquetá. Por su parte, Alvaro Fayad iría a Bogotá, y Toledo Plata a Cali, y todos volverían a encontrarse tres meses más tarde en las selvas del Putumayo para una reunión plenaria del comando superior. Estos planes cambiaron de pronto porque Bateman recibió un mensaje intempestivo de Panamá, según el cual se esperaba allí un emisario personal del presidente Betancur, que deseaba entrevistarse con él (...) De modo que en 24 horas cambió todos sus planes inmediatos y decidió el viaje imprevisto que lo condujo al desastre».

Esta decisión no es fruto del azar sino de la puesta en escena, de una secuencia de acontecimientos 'proyectados por otra mente'.

«Desilusionado una y otra vez, le escribe al presidente una carta en la cual insistía en la urgencia de una tregua para entablar un diálogo de paz. La carta fue entregada al presidente de Panamá, Ricardo de la Espriella, quien se la leyó por teléfono a Betancur el 21 de abril, cuando Bateman estaba en Santa Marta. Tal vez éste pensó que el envío de un emisario presidencial a Panamá fuera el resultado de esa carta y por eso resolvió viajar a Panamá con tanta urgencia. Sin embargo, ninguna fuente colombiana ha podido confirmar que en la realidad existiera la disposición presidencial de mandar un emisario a Panamá por aquellos días».

Una conjetura de esta naturaleza tiene que fundamentarse, por supuesto, en versiones reales. Son esas versiones las que le permiten elaborar hipótesis que son presentadas como los acontecimientos reales. Porque lo 'curioso' del caso es que de la avioneta y de sus tripulantes nunca se supo nada. No quedó ni un solo rastro de ellos. Sin embargo, el reportero aquí recurre a todas las armas de la investigación para saber qué fue lo que pudo haber pasado realmente. García Márquez ha dicho que no es buen periodismo aquel que se basa únicamente en lo verosímil en vez de investigar lo sucedido.

«Lo que ocurrió en realidad desde que la avioneta salió del aeropuerto de Ciénaga sólo ha sido posible vislumbrarlo por la grabación de los distintos contactos que hizo Escobar con el control aéreo de Panamá».

El reportero no cae aquí en la trampa

del dramatizado, que hubiera sido la solución más fácil y que sin duda hubiera resuelto brillantemente gracias a sus dones de narrador. Conoce bien el oficio y el género, así que reproduce con una finalidad 'objetiva' la parte más oscura de la historia y nos deja ver lo absurdo del accidente. «El hecho determina la forma, uno y otro han de coincidir, todo ha de ser creíble», ha dicho, en otro lado, el mismo García Márquez.

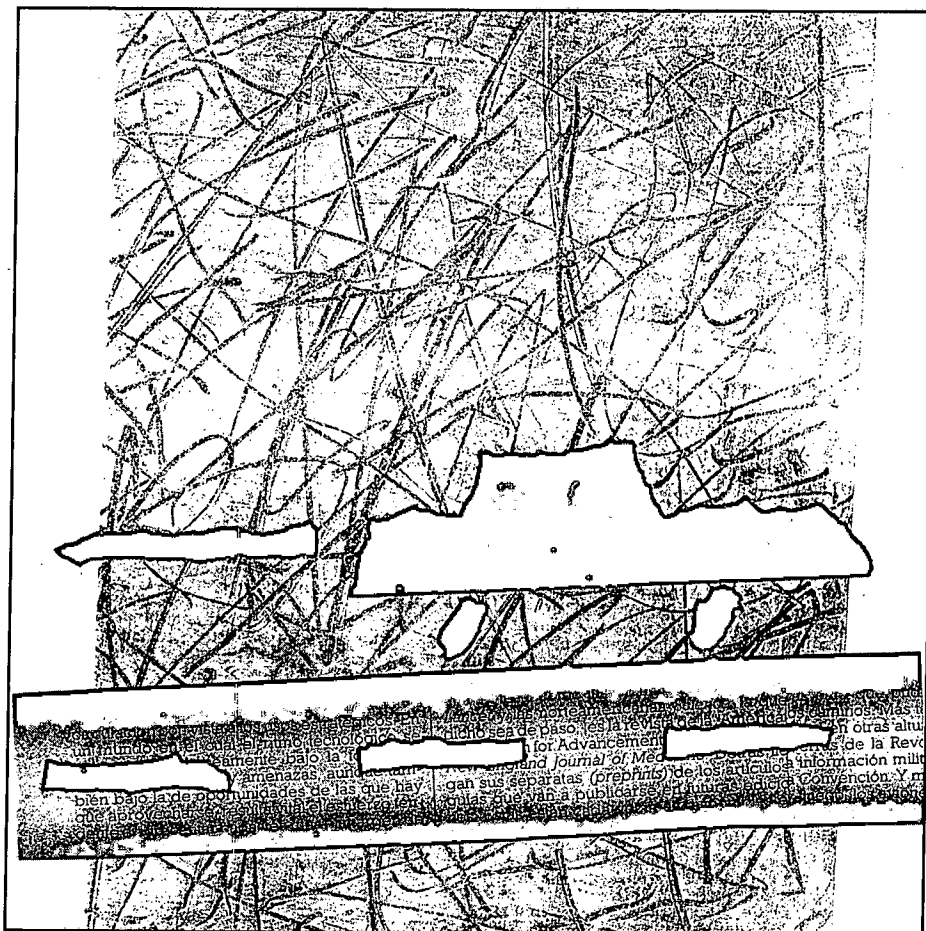
«En su primer contacto informó que estaba ascendiendo de 6.000 pies -que era la altura autorizada sobre el mar- para alcanzar la de 9.000 pies. La maniobra no era normal porque enfrente debía estar viendo la serranía del Darién, que es la más alta de Panamá. El rumbo que llevaba era correcto para llegar al aeropuerto de Paitilla a las 9.57 horas; volando ya a 9.000 pies volvió a hacer contacto para decir que tenía mal tiempo al frente. El controlador de vuelo le sugirió que subiera a 10.500 pies, donde el tiempo era mejor y que se mantuviera allí mientras consultaba con el control de radar cuál era la ruta con mejor tiempo. El controlador de radar se la comunicó a través del control de radio. El problema de ese momento era que la avioneta de Escobar no podía ser identificada en el radar porque no disponía de equipo adecuado para darse a conocer, en cambio, era posible localizarla en el Direction Finder (DF), mediante una señal de radio emitida desde la avioneta».

«Escobar hizo un nuevo contacto a las 10.04 horas para informar que volaba a 10.500 pies de altura, y que tenía mal tiempo adelante, pero que veían algunos huecos en las nubes por donde podría pasar. Su voz era tranquila, y sus cálculos y posiciones eran las de un buen navegante. Entonces el control de radio le pidió que oprimiera el botón de radio para localizarlo en el DF y Escobar lo hizo por un instante antes de que su señal se interrumpiera para siempre».

La apuesta final, y que nos confirma que todo fue planeado por 'otra mente', la ofrece el narrador como el detective que dice la solución como si fuera verdad, y está seguro de haber adivinado. Garantiza la correspondencia entre el Mundo posible imaginado y el Mundo Real. Obviamente las abducciones son muy arriesgadas y siempre están expuestas al fracaso.

Estas son las dos conjeturas. La primera:

«El cielo era diáfano y sin una sola nube, como para un viaje feliz. Sin embar-



go a esa hora exacta el satélite meteorológico de Estados Unidos estaba fotografiando la vasta extensión desde Urabá hasta Nicaragua, que estaba empezando a cubrirse de espesas nubes de malos presagios».

La otra es esta:

«Poco antes, sin embargo, la base Howard del canal de Panamá -a la que la Aeronáutica Civil de Colombia había pedido ayuda para buscar la avioneta de Escobar- contestó con una clave que hace pensar sin ninguna duda que allí sabían quiénes iban en ese vuelo. 'Esa nave no llevaba droga', decía el cable, 'sino otro tipo de contrabando'» ■

#### BIBLIOGRAFÍA

- BERNSTEIN, Carl. «La prensa americana a partir del Watergate», en *Annals*, N° 11. Barcelona: Colegio de Periodistas de Catalunya, 1987.
- ECO, Umberto. La abducción en uqbar. En *De los espejos y otros ensayos*. Barcelona. Lumen, 1988, pp. 176-180.
- GARCÍA MÁRQUEZ, G., «Bateman: un misterio sin final», en *El País Semanal*, 30 de octubre de 1983, pp. 15-23.
- LLAMAZARES, Julio. «En busca del Che. En:

*El País Semanal*, N° 1.016, 17 de marzo de 1996, p. 67.

- SONTAG, Susan. *Sobre la fotografía*. Barcelona: Edhasa, 1981, pp. 116-117.

#### NOTAS

- 1 Véase ECO, Umberto. La abducción en uqbar. En *De los espejos y otros ensayos*. Barcelona. Lumen, 1988, pp. 176-180.
- 2 *Ibid.* p. 181.
- 3 BERNSTEIN, Carl. «La prensa americana a partir del Watergate», en *Annals*, N° 11. Barcelona: Colegio de Periodistas de Catalunya, 1987.
- 4 Véase: LLAMAZARES, Julio. «En busca del Che. En: *El País Semanal*, N° 1.016, 17 de marzo de 1996, p. 67.
- 5 Cfr. SONTAG, Susan. *Sobre la fotografía*. Barcelona: Edhasa, 1981, pp. 116-117.
- 6 LLAMAZARES, J., Op. cit., p. 67.
- 7 Cita intertextual que remite directamente al escritor, cuando él, con nombre propio, decía que lo que más añoraba de su tierra cuando estaba fuera era el olor de la guayaba. Expresión que dio título al libro de Plinio Apuleyo Mendoza sobre un grupo de personajes colombianos residentes fuera del país, entre ellos García Márquez, y que erróneamente -en muchas partes- se le atribuye al propio García Márquez.
- 8 GARCÍA MÁRQUEZ, G., «Bateman: un misterio sin final», en *El País Semanal*, 30 de octubre de 1983, pp. 15-23.